

J. P. Tardieu

Genio y semblanza del santo varón limeño de
origen africano (Fray Martín de Porras)

HISPANIA SACRA

Separata del volumen XLV (1993) núm. 92
Departamento de Historia de la Iglesia

CENTRO DE ^STUF»^TOS HISTORICOS
CONSEJO SUPERIOR DI ^ACIONES CIENTIFICAS

GENIO Y SEMBLANZA DEL SANTO VARON LIMEÑO DE ORIGEN AFRICANO (FRAY MARTÍN DE PORRAS)

POR

J. P. TARDIEU

Université de la Réunion

Llegados al Perú con los conquistadores, los negros constituyeron un motivo de preocupación para la Iglesia. Su número fue creciendo de tal manera que se les consideró muy pronto como un factor de desestabilización de la sociedad colonial. Eran una amenaza no sólo para el bienestar de los españoles, sino también para la vida espiritual de los Indios a quienes daban un mal ejemplo cuando no les maltrataban.

Convenía pues ocuparse de la educación religiosa de estos hombres que llegaban de África sin ningún conocimiento a este respecto. Los jesuitas, frente a los descuidos del clero secular, se encargaron de su evangelización*. Uno de los resultados de este trabajo fue que algunos hombres de origen africano obtuvieron en Lima fama de santos. Los más conocidos fueron mulatos, lo que no deja de plantear ciertos problemas en cuanto al significado de su vida.

EL SANTO MULATO

DOS EJEMPLOS PARALELOS

Una vez más el mulato está privilegiado en este dominio. Al lado de fray Martín de Porras (1579-1639), podríamos colocar a Juan de la Cruz, converso del convento agustino de Lima, aunque no consiguió la misma notoriedad.

* Para más detalles sobre este tema, véase mi estudio: *L'Eglise et les Noirs au Pérou (XW-XVIFs.)*, Thése de Doctorat d'Etat, Bordeaux III, 1987.

FRAY MARTÍN DE PORRAS

Bautizado el miércoles 9 de diciembre de 1579 en la parroquia de San Sebastián en Lima, Martín es declarado de padre desconocido. Su madre, Ana Velázquez, es una negra libre

Las deposiciones de los miembros de la familia paterna durante la encuesta para el proceso de beatificación permiten llenar el vacío a propósito del origen de Martín, en particular la de Andrés Marcos de Miranda, primo de su padre. Martín era el hijo natural de don Juan de Porras, caballero de la orden de Alcántara, y de Ana Velázquez, negra horra oriunda de la ciudad de Panamá. Dos días después de esta declaración, doña Ana Contero confirmó este origen, a pesar de que don Juan se había casado con una de sus tías².

Antes de ir más lejos, cabe insistir en la nobleza de don Juan. Pertenece a una orden prestigiosa reservada a los hombres de los mejores orígenes que han prestado grandes servicios a la Corona. Hasta llegó a ser gobernador de Panamá.

Si no reconoce oficialmente a su hijo, por lo menos don Juan lo quería a su lado. En este aspecto, Andrés Marcos de Miranda y doña Ana Contero están de acuerdo:

«al cual criaba el dicho D. Juan de Porras por su hijo natural y como lo sustentaba y alimentaba, llamándole hijo, y éste al susodicho padre y que en esta reputación estuvo siempre el dicho venerable hermano fray Martín de ser hijo natural del dicho D. Juan de Porras, y por tal era habido y tenido y generalmente respetado y conocido en la dicha ciudad de Guayaquil¹».

Don Juan asume sus responsabilidades frente a su propia familia. Ante el asombro de su tío materno, el capitán Diego Marcos de Miranda, al verle llegar a Guayaquil en compañía de Martín y de una mulatita, Juana, les presenta como sus hijos, manifestando el deseo de

¹ Rubén Vargas Ugarte, *El Beato Martín de Porras*, Buenos Aires, 1949. p. 2. «Parroquia de San Sebastián de Lima, libro de Bautismos de esta Iglesia, hecho en el mes de noviembre año de mil quinientos y setenta y un años».

Para la transformación del apellido de Fray Martín (Porras/Porres), véase: Marie-Cécile Bénassy, *Fray Martín de Porras (1579-1639): du mythe à l'homme*, en *Institutions et vie coloniale en Amérique espagnole*, C.R.I.A.E.C. (Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III), IV, p. 81, nota 9.

² *Proceso de Beatificación de fray Martín de Porras llevado por el Procurador General de la orden de Predicadores fray Antonio de Estrada, o.p., y que tuvo lugar del 15 de mayo al 14 de julio de 1660*. A éste se añaden nuevas declaraciones de 1664, llevadas por fray Lorenzo Muñoz, y una declaración de Juan Vázquez de Parra hecha en 1671, Secretario «Martín de Porras», Palencia, España, Transcripción de las fotocopias del original que se conserva en los archivos episcopales de Lima, ed. de Fray Juan de la Cruz Prieto, o.p., 1960 (P.B.M.P.), pp. 235 y 254.

³ Id., p. 254.

criarles como tales. Cuando tuvo que irse para Lima, se llevó a Martín, dejando a Juana al cuidado del capitán, quien por otra parte le casó después en esa ciudad. Juana acabó por irse también a Lima, donde su hermano no dejó de mantener relaciones estrechas con ella y con su familia. Por lo visto, gozó de una vida bastante desahogada. En el proceso, incluso califica a su hija, Catalina de Porras, de «mujer española», hecho excepcional para una cuarterona⁴. Por su parte, Doña Ana admite que don Juan

«fue un caballero de mucha nobleza y virtud y muy querido y estimado de todas las personas que le trataban y comunicaban⁵».

En efecto era preciso que tuviera un alma particularmente noble para criar a sus hijos a la vista y conocimiento de todos, en una época en que la sociedad condenaba esta actitud, como lo nota Juan Meléndez:

«Conoció y tuvo por hijo al sieruo de Dios Don Juan de Porras, cosa irregular en Cavallero, que por no descubrir su misma afrenta, no conocen por tales a sus hijos deste género⁶».

Según los testigos del proceso, el niño manifestó desde la más tierna infancia predisposiciones para el recogimiento y la oración, a la inversa de los niños del mismo origen. Por cierto, no pudo pretender seguir las huellas de su padre, teniendo que contentarse con aprender el oficio de barbero. En aquella época, sin embargo, era el primer paso para acceder al estado de cirujano.

Le incitó su piedad a solicitar el hábito de converso en el convento de Santo Domingo, cercano a su domicilio. Su padre había intervenido para que se le autorizara a no contentarse con la humilde condición de donado. El día 2 de enero de 1603, Martín pronunció sus votos de hermano lego:

«En 2 de junio de 1603 hizo donación de sí a este convento para todos los días de su vida el Hermano Martín de Porras, mulato, hijo de Juan de Porras, natural de Burgos y de Ana Velázquez, negra libre; nació en esta ciudad y promitió este día obediencia para toda su vida a los Priors y Prelados de este Convento, en manos de P. Fray Alano de Sea, superior de él y juntamente hizo voto de castidad y pobreza, porque así fue su voluntad, siendo Prior de este convento el Muy R. P. Presentado Fray Agustín de

⁴ Id., p. 230.

⁵ Id., p. 254.

⁶ Juan Meléndez. *Tesoros verdaderos de las Indias. En la Historia de la gran Povincia de San Juan Bautista del Perú de la Orden de Predicadores*, 3 vols., Roma, 1681-1682, t. 3. p. 207a.

Vega. Fueron testigos el Padre Fray Pedro de la Serna, Maestro de Novicios y el P. Fray Luis Cornejo, y otros muchos religiosos y firmólo de su hombre. Fray Alano de Sea superior. Hermano Martín de Porras ⁷».

Martín se pasó toda la vida en el modesto empleo que ocupó desde su entrada en el convento. Bajo la dirección de su padre enfermero, consagró sus esfuerzos a la enfermería del establecimiento. Allí cuidó a los frailes, a los criados, entre los cuales había numerosos negros, y a los pobres que, por no tener los recursos necesarios para consultar a un médico o a un cirujano, o para comprar medicinas, contaban con la generosidad de los padres y esperaban desde el amanecer la apertura de las puertas. No sólo había negros o indios entre estos desgraciados: la caridad de fray Martín también se manifestó a favor de numerosos españoles.

En la asistencia que prestaba a sus enfermos, solía utilizar medicinas compuestas por él mismo con plantas medicinales que cultivaba en el huerto del convento. Su generosidad le llevaba a sembrarlas en las afueras de Lima, como en Lurigancho por ejemplo, o en la hacienda del convento, en Limatambo, donde cuidaba a los esclavos.

También tenía bajo su responsabilidad la ropería de la casa. En una dependencia de este servicio, instaló su celda donde acogía de vez en cuando a algún necesitado como el joven Juan Vázquez de Parra, a quien consideró probablemente como a su hijo, e incluso a algún perro abandonado.

Repartía las limosnas de los donadores a quienes no dejaba de solicitar. Además los testimonios evocan unas ocupaciones muy apremiantes, como la de tocar a oficios, y hasta repelentes, como la de limpiar las letrinas. Merced al desempeño de estos cargos y el carácter excepcional de su vida religiosa fue como adquirió Martín fama de santo.

Lo extraño es que otro mulato siguió un camino parecido en casa de los agustinos.

FRAY JUAN DE LA CRUZ

El hermano Juan de la Cruz mereció un sitio especial en la crónica de fray Juan Teodoro Vázquez, en que un capítulo entero le está dedicado ⁸.

⁷ Rubén Vargas Ugarte, op. cit., p. 23. «Libro Nuevo de Profesiones de los Hijos de este Convento de Nuestra Señora del Rosario de esta ciudad de los Reyes. Comenzóse el primero de enero de 1584».

⁸ Crónica continuada de esta Provincia de Nuestro Padre San Agustín del Perú, su autor P. M. Fr. Juan Teodoro Vázquez, Doctor Theólogo en la Real Universidad de San Marcos, Maestro del número, secretario, visitador, Regente mejor de estudios y cronista de dicha Provincia, Archivo Histórico Nacional de Madrid, Códices, n.^s 41-42 B, t. 2, cap. 9: «De una breve noticia de las virtudes de Hermano Juan de la Cruz converso de nuestro Instituto».

Nació en Panamá, de un padre español y de una madre esclava. Dotado de una inteligencia considerable, aprendió a contar, a leer y a escribir, cosa insólita entre gente de su esfera, como anota Vázquez. Por si fuera poco, se dedicó al latín que dominó rápidamente. De ahí pasó a las «sutilezas de la filosofía». Vázquez le vio discutir «con grande acrimonia» con profesores asombrados de su talento.

Se consagró a la profesión de barbero, con el fin de prepararse para la cirujía, estudiando en sus ratos libres a los cirujanos más hábiles, «no los romanceros socorro de los porros, sino los latinos». Hubiera tenido mucho éxito en dicho oficio, de no haber sentido la llamada de Dios y tomar el hábito de converso en el convento agustino de Lima⁹.

Al igual que fray Martín, se ocupó de la enfermería de la casa, tarea muy repulsiva en muchos aspectos. Como él, repartía entre los necesitados el dinero que conseguía. Su devoción no iba a la zaga de la del dominico¹⁰. De modo que se pueden establecer numerosas comparaciones, en particular entre las dos evocaciones de la vida religiosa de Martín y de Juan.

LA SANTIDAD DE LOS PERSONAJES

LA CARIDAD

Ni una gran conciencia en el desempeño de sus cargos, ni una devoción admirable habrían bastado para llamar la atención de los superiores sobre nuestros dos personajes que se destacaban por unas cualidades excepcionales.

Los dos conversos mulatos practicaban con celo la caridad, virtud teologal. Los numerosos testimonios reunidos en su proceso de beatificación valorizan la de fray Martín de Porras. De creerlos, nunca fallaba. Nos contentaremos con evocar unas deposiciones de las más sugerentes. Para fray Cristóbal de San Juan, la caridad de fray Martín se expresaba en cualquier ocasión:

«alcanzaban sus llamaradas no sólo a ser abrigo, refugio y descanso de enfermos religiosos, seglares pobres de todas calidades y naciones; pero aun de los animales brutos, curándoles sus heridas, llagas y todas enfermedades. Y a los religiosos enfermos les servía de rodillas y estaba desta suerte asisténdolos de noche a sus cabeceras los ocho y los quince días, conforme a las necesidades en que los veía estar, levantándolos, acostándolos y limpiándolos, aunque fueren las más asquerosas enfermedades ^u».

⁹ Id., fol. 52a-r.

¹⁰ Id., fols. 53 a 57a.

¹¹ P.B.M.P., p. 40

El padre Fernando Aragonés, enfermero titular y superior directo de fray Martín, manifiesta una admiración aun más explícita por su famoso subordinado:

«sirviendo de sangrar y curar a los enfermos, dando limosnas a españoles, indios, y negros, que a todos los quería y amaba y cuidaba con singular amor y caridad. Casó huérfanas, vistió pobres, y a muchos religiosos necesitados, remediaba sus necesidades, así de hábitos como de lo demás que les faltaba. [...]. Y así mismo vio que a la puerta de la portería esperaban a dicho siervo de Dios españoles pobres, para que les curase postemas y llagas incurables, envejecidas y rebeldes a las medicinas, y en cuatro días que les curaba y ponía las manos, las reducía a mejor estado, sanándolas. Lo mismo hacía a los indios y negros, a quienes curaba el dicho siervo de Dios fray Martín de Porras con el ardiente celo de caridad y amor de Dios que ardia en su alma ¹²».

Es muy significativo el largo testimonio de Juan Vázquez de Parra, a quien el hermano, conmovido por su desamparo, había acogido a su llegada a Lima. Pronto llegó a ser su colaborador inmediato en sus actividades caritativas, según un plan preciso.

Durante los meses que pasó a su lado, repartía cada sábado 400 pesos a 160 pobres, dinero reunido los martes y los miércoles por el hermano. Consagraba la cantidad juntada los jueves y los viernes a los sacerdotes necesitados, y con la de los sábados y la de los lunes, se decían misas por las ánimas. Las limosnas recibidas los domingos servían para comprar las mantas ofrecidas a negras y a españolas pobres y camisas para los míseros. Según Juan Vázquez, el carácter caritativo del fraile solía prevenir las peticiones ¹³.

Como se puede comprobar, Fray Martín alcanzaba cantidades considerables de sus admiradores. Según el padre Alonso de Arenas y Añano:

«siendo como era tan sumamente pobre para sí, tenía dominio sobre las haciendas de los hombres seglares».

Con 6.000 pesos instaló de esta manera una ropería para vestir a los frailes indigentes ¹⁴. De los 12.000 pesos reunidos merced a la ayuda de sus amigos para dotar a su sobrina Catalina de Porras, se consagraron 7.000 a la compra de un esclavo para la lavandería del convento y de paños para la enfermería y a varias obras ¹⁵.

Juan Teodoro Vázquez hace una descripción de las actividades caritativas de Juan de la Cruz que se parece a los testimonios del proceso

¹² Id., p. 124.

¹³ Id., Apéndice, p. 388.

¹⁴ Id., p. 219.

¹⁵ Id., p. 389.

de beatificación de fray Martín. Según el cronista, la vida del hermano agustino fue un perpetuo ejercicio de caridad, no sólo para con los frailes de la orden, sino también para con los pobres: «Que pobre llegó jamás a solicitar en el alivio que saliese desconsolado? Infinitas veces tomó él en sí la necesidad, por no verla padecer a los extraños».

Todos merecían su consideración, tanto los novicios como el provincial. Se transformaba, según el caso, en consolador, en barbero, en enfermo, en médico, para repartir las comidas y las medicinas, «y en fin Ministro humilde para executar con los dolientes quanto juzgaba necesario a la restauración de su salud¹⁶». De no haber sido profundamente humildes, ambos Mulatos no hubieran podido ejercer dichas actividades.

LA HUMILDAD

Su humildad era tanto más honda cuanto que los dos hermanos se juzgaban indignos de su estado religioso. La actitud de Fray Martín asombraba al padre Cristóbal de San Juan. Nunca levantaba la mirada y se negaba a tomar asiento cuando un fraile a quien visitaba se lo rogaba: a lo más consentía en sentarse en el suelo. Frente a los insultos, su cara se llenaba de alegría, y contestaba a los oprobios con palabras de mansedumbre¹⁷. Si alguien le dirigía algún halago, protestaba por su indignidad, asegura fray Fernando Aragonés: «y si alguno le decía algo que pudiesse desvanecerle, le pedía que no dixese tal, porque él era el peor del mundo, y que por sus pecados merecía ser tizón del infierno¹⁸».

Se juzgaba indigno del interés que le manifestaba Don Feliciano de Vega, obispo de La Paz, arzobispo electo de Méjico. Al rogarle éste que interviniere para curarle de una enfermedad, contestó: «¿Para qué quiere un Príncipe la mano de un pobre mulato donado?»¹⁹.

Frente a fray Martín, ciertos religiosos, llevados del dolor, dejaban escapar unos insultos tradicionalmente reservados a los mulatos y a los negros. Varios testimonios relatan por ejemplo el comportamiento despectivo de fray Pedro de Montesdoca, quien trató de «perro mulato» a fray Martín que venía a cuidarle. A los insultos de este tipo, contestaba el hermano con la risa. Según fray Antonio de Estrada, un prelado le regañaba injustamente para mortificarle y probarle, escandalizando así a toda la comunidad. Fray Martín se humilló aun más echándose a los pies de su superior, que besó pronunciando estas palabras: «Ahora conozco el buen celo de vuestra Paternidad, del mucho amor que me tiene, pues trata a este perro mulato como merece».

¹⁶ Vázquez, op. cit., fol. 56r.

¹⁷ P.B.M.P., p. 100.

^{i»} Id., p. 123.

¹⁹ Id., p. 92.

Esta extrema humildad, frente a las injurias proferidas por unos religiosos, llamó la atención del hermano Gerónimo de Barnuy, de fray Fernando del Aguila, del hermano Francisco Guerrero, del padre Antonio Gutiérrez y del capitán Juan de Guarnido²⁰.

En situaciones idénticas, Fray Juan de la Cruz da muestras de la misma humildad. También a él, pese a sus servicios, le tratan de «perro mulato». Suelen tomar la delantera: «de sí solo conocía que era un mulato, a que añadía si solo celebraban el epíteto de perro». Como fray Martín, contesta a los insultos sonriendo:

«jamás perdió ni las alegrías del rostro, ni de sus labios salió razón que tuviere ni visos de disculpa, porque teniéndose por un mulato vil, siempre era lo que le decían mucho menos de lo que el quería le dixessen, y juzgaba merecer²¹».

Esta humildad lleva a ambos personajes a imponerse penitencias poco comunes.

LAS MORTIFICACIONES

Respetan diariamente el ayuno. Fray Martín se alimenta con caldos, fruta y col. Los días festivos, acepta un poco de mandioca y de boniato. Durante la cuaresma, pan y agua. Es también la dieta habitual de fray Juan de la Cruz, quien suprime a veces toda comida, salvo una jicara de chocolate²².

Los dos huyen de toda comodidad. La cama de fray Martín, afirma fray Fernando Aragonés, es una especie de ataúd de tablas cubiertas con una estera. Un trozo de madera le sirve de almohada. Otros testimonios se refieren a un camastro cubierto de pieles. Pero el caso es que lo utiliza muy poco: sus ejercicios espirituales no le dejan mucho tiempo para dormir. Si desea tomar algún momento de descanso, se echa en una camilla reservada para las exequias de los frailes, en la cripta de la sala capitular. Cuando le obliga el provincial, durante una enfermedad, a que use sábanas, no se desnuda y no deja de protestar: «A un perro mulato que en el siglo no tuviera qué comer, ni qué dormir, y manda vuestra Paternidad que se acueste entre sábanas? Por amor de Dios que vuestra Paternidad no me lo permita».

Fray Juan de la Cruz dispone de un mobiliario tan modesto: «un catresillo de comunidad, cubierto de una fresada vieja, un par de sillas vetustísimas»²³.

²⁰ Id., pp. 194, 208, 244, 247, 276, 290, 303.

²¹ Vázquez, fol. 53a-r.

²² P.B.M.P., p. 228; Vázquez, fol. 54a.

²³ P.B.M.P., pp. 124, 205, 204; Vázquez, fol. 54a.

Los dos religiosos llevan cilicios. Vázquez califica los de su personaje de «cruellos y mordicantes». En cuanto a los de fray Martín, son de cerdas. Francisco Pérez Quintero, quien pudo verlos, asegura que estaban cubiertos de sangre. Una cadena se hundía en su carne, de tal manera que resultó harto difícil quitársela durante su última enfermedad²⁴.

Pero esto no es nada en comparación con los suplicios que se inflingen. El padre Gaspar de Saldaña logra hacer confesar a fray Martín que se da tres disciplinas al día, a imitación de Santo Domingo. El testimonio de Juan Vázquez de Parra describe los detalles de estas escenas nocturnas. El hermano se valía de un azote de tres correas acabadas en puntas metálicas. Después de azotarse, le pedía a Juan que le fricciónara las heridas con vinagre. En su tercera oración nocturna, a las cinco de la madrugada, la flagelación era aun más cruel: Martín se daba la disciplina en las pantorrillas y en las plantas de los pies. Durante su estancia en la celda, el santo le pedía al testigo que le azotase con unas varas de membrillo.

Por su parte, Juan Teodoro Vázquez cree que Juan de la Cruz murió joven debido a los malos tratos que se imponía. El también se pasaba las noches rezando y dándose «frequentes disciplinas, de tan agudas puntas armadas que picándole las venas, lo tenían siempre pálido en el continuo desperdicio de su sangre». Si Juan de la Cruz, en sus oraciones nocturnas en la tribuna que daba a la capilla del Santo Cristo de Burgos, se pasaba muy a menudo las noches en éxtasis, Martín de Porras iba más allá²⁵.

LAS MANIFESTACIONES SOBRENATURALES

DONES MILAGROSOS

Varios testigos vieron a fray Martín suspendido en el aire durante sus oraciones. Marcelo de Ribera, cirujano que compartió su celda durante algún tiempo, asegura que presenció una de estas levitaciones en la sala capitular. El santo, puesto en cruz, tenía sus manos pegadas a las del Cristo de un altar, a más de tres varas del suelo. Un negro y dos religiosos pudieron también contemplar esa escena. Le asombró mucho a Juan Vázquez, quien todavía no conocía muy bien las cualidades de su protector, el descubrir a fray Martín en su celda, a las dos de la tarde, hincado de rodillas y con los brazos en cruz, pero suspendido en el aire a la altura de un hombre. El sargento Francisco de la Torre, retirado en la celda del hermano, tuvo la oportunidad de asistir a una

²⁴ Vázquez, fol. 54r; P.B.M.P., pp. 129, 228, 314.

²⁵ P.B.M.P., pp. 95, 181; Vázquez, fol. 54r.

¡evitación de Martín. Tuvo lugar en el tejado de la iglesia donde se había refugiado el religioso para rezar en paz²⁶.

Se encuentran en el proceso de beatificación varias evocaciones del don de ubicuidad de que gozaba fray Martín. Marcelo de Ribera recuerda que inmediatamente después de salir de una celda donde fray Martín asistía a un moribundo, le encontró en otra al lado de un enfermo. Un día, antes de salir para una chacara, posiblemente la de Limatambo, Martín había encargado a un hermano lego que tocara a maitines en su lugar. Indispuesto, no pudo cumplir con su promesa y pagó a un negro para hacerlo por él. A éste le extrañó encontrar a fray Martín en la torre, desempeñando sus funciones, lo que no quisieron creer los padres. Catalina de Porras vio llegar a su tío a una finca donde sus padres pasaban algunos días, cuando reinaba una tensión muy grave entre los dos esposos. Con el religioso, pronto se olvidaron los motivos de riña. Este relato asombró mucho a fray Fernando Aragónés, quien estaba seguro de que Martín no se había alejado de él ese día²⁷. Varios seglares y religiosos afirmaron que el hermano venía a cuidarles a las celdas del noviciado o a la enfermería a pesar de que las puertas estaban cerradas con llave. Una noche el propio maestro de los novicios encontró a fray Martín atareado en una celda cuya llave sólo él tenía²⁸.

Después de su muerte, unos testigos estaban convencidos de haber visto apariciones del santo. El padre Cipriano de Medina, enfermo de gravedad, se recomendó a él. Martín se le apareció al pie de la cama, prometiéndole su curación. Francisco Ortiz, un amigo íntimo suyo, tuvo el mismo privilegio: el santo se le apareció una madrugada para incitarle a rezar mejor²⁹.

Si tenemos en cuenta ciertos testimonios, fray Martín, estando todavía vivo, gozaba del don de profecía. Su amigo el capitán Juan de Figueroa se acuerda de que le había predicho que moriría antes que él. Anunció también que crecería fray Cipriano de Medina, objeto durante su noviciado de las burlas de sus compañeros por su estatura, lo que ocurrió efectivamente durante una enfermedad. Salvó de muerte segura a un hombre, impidiéndole que fuera a casa de su querida poco tiempo antes de que le aplastara el derrumbamiento del techo de su habitación³⁰.

Prueba de la manifestación del Espíritu Santo, tampoco estaba desprovisto fray Martín del don de las lenguas. Según el hermano Juan de Medina, hablaba varios idiomas cuando nunca había salido de Lima³¹.

²⁶ P.B.M.P., pp. 139, 179, 238.

²⁷ Id., pp. 138, 157, 213.

²⁸ Id., pp. 102, 150, 156.

²⁹ Id., pp. 92, 122.

³⁰ Id., pp. 85, 87, 209.

³¹ Id., pp. 175, 176.

Total, este proceso de beatificación deja constancia de todas las cualidades y de todos los dones excepcionales que permiten poner de manifiesto el estado de santidad. Es obvio decir que las manifestaciones más fidedignas son las curaciones milagrosas.

CURACIONES MILAGROSAS

Desde luego era normal que fray Martín, encargado de la enfermería del convento, se singularizara en su vida por tales manifestaciones.

La curación del enfermo se producía de varias maneras según las circunstancias. A veces, bastaba una leve imposición de manos del siervo de Dios. Fue el caso para el arzobispo de Méjico, don Feliciano de Vega. Este prelado cayó enfermo de «un dolor de costado», quizá una afección pulmonar, que le provocó mucha fiebre. Su sobrino, el dominico Cipriano de Medina, le sugirió que acudiera a los servicios de fray Martín. Fiándose de las virtudes milagrosas del mulato, el dignatario le mandó que le impusiera la mano en el costado enfermo, lo cual calmó el dolor y detuvo la fiebre. Este episodio, relatado en varias deposiciones, es el más famoso.

Los testigos se refieren a otros hechos parecidos. El padre Fernando Aragonés, por su parte, presenció numerosas curaciones, «con sólo poner sus manos el dicho siervo de Dios». El padre Pedro de Montesdoca, a quien iban a cortarle una pierna, sanó cuando fray Martín le impuso las manos en el miembro enfermo.

A menudo los vectores de curación utilizados por fray Martín eran de los más naturales. A este respecto se puede citar al padre Luis Gutiérrez. Jugando con un compañero de noviciado, se hirió en la mano izquierda con un cuchillo que éste tenía en mano. Poco faltó para que un dedo quedara seccionado. Por miedo a las reprimendas, ocultó la herida, que se puso muy fea. A los tres días, se le ocurrió solicitar la intervención de fray Martín. El hermano se contentó con aplicar en la herida un emplasto hecho a base de media docenas de hojas recogidas en el huerto, pronunciando una breve oración y trazando una cruz en el mal.

Un día le trajeron a la enfermería a un negro, gravemente herido durante una riña con unos congéneres suyos. Martín le lavó la herida con vino, después de lo cual puso en ella un poco de romero que había mascado previamente. Al cabo de cuatro días, el negro había sanado del todo. A veces, el santo sólo usaba agua. Gargarizándose con la de un frasco dado por su amigo, Juan de Figueroa sintió desaparecer espontáneamente un abceso en la encia muy doloroso.

Por cierto, los medios parecen a veces muy raros. Así fray Martín curó de graves flujos de sangre a una negra de Lurigancho con sólo colgarle de la cintura un estuche lleno de un polvo hecho con tres sapos

cocidos en una olla. Juan Vázquez, testigo de dicha preparación, se acuerda de otra similar. Desapareció la erisipela de un enfermo merced a la aplicación de unos paños mojados con agua mezclada con la sangre de un gallo negro que el hermano hizo pelar desde los encuentros de las alas hasta la cabeza³².

Después del fallecimiento de fray Martín, los fieles acudieron a su protección para solicitar curaciones. Los propios españoles imploraban la intervención del santo mulato. Según don Lupercio González de Mendoza, bastó con la imposición de un retrato de fray Martín para curar a su hija, enferma de una apostema.

Los frailes dominicos habían regalado una túnica del hermano a doña Mariana de Villarroel. Según su esposo, la aplicación de un trozo de este vestido, con una invocación al santo, curó a numerosos enfermos, lo que confirmó por otra parte doña Isabel de Astorga y Figueroa, quien vio desaparecer así la fuerte fiebre que estuvo agobiándola durante quince días³³.

Es inútil insistir más en estas curaciones milagrosas de las que ofrece muchos ejemplos el proceso de beatificación. Es mucho más interesante estudiar cómo los cronistas presentaron al santo mulato y qué papel desempeñó en la sociedad.

INTERPRETACIONES

EL SIGNIFICADO DEL PERSONAJE. ADMIRACIÓN Y REPULSIÓN

Por cierto, las vidas de Juan de la Cruz y de Martín de Porras suscitan mucha admiración alrededor suyo y en la ciudad.

El hermano dominico disfrutaba de poderosas relaciones de las que sonsacaba por otra parte el dinero necesario para las importantes limosnas citadas anteriormente. Incluso pensó don Feliciano de Vega en llevarle consigo a Méjico. Según parece, esto no le hubiera disgustado a

³² Id., pp. 91, 129, 84, 113, 241, 80, 391, 393.

Estos procedimientos evocan los de los curanderos africanos. ¿No los habría conocido Martín durante su niñez en el barrio de Malambo donde vivían muchos negros? Es una hipótesis formulada por Fernando Romero, quien no olvida sin embargo que «por entonces era usual que se practicara en los monasterios la medicina mágico-religiosa heredada del medioevo europeo»; véase: *Papel de los descendientes de Africanos en el desarrollo económico-social del Perú*, Movimientos sociales 5, Universidad Nacional Agraria, Departamento de Ciencias Humanas, Lima, julio 1980, p. 33.

Por otra parte, el académico peruano evoca la biografía de Fray Martín escrita por el célebre médico mulato José Manuel Valdés que se ilustró en Lima al principio del siglo XIX: «y en su biografía convirtió a fray Martín en un «nganga», es decir, en el taumaturgo africano a quien los europeos calificaron de brujo»; véase: *El habla costeña del Perú y los lenguajes afronegros*, Boletín de la Academia Peruana de la Lengua 12 (1977), p. 181. Si el término «nganda» es excesivo, bien podría ser que tales procedimientos contribuyeran a acrecentar el prestigio del santo en los negros.

³³ Id., pp. 191, 201, 262.

Martín, quien veía en este proyecto un medio de realizar su sueño de ir a evangelizar a los japoneses, pasando por Acapulco.

El capitán Juan de Figueroa, familiar del Santo Oficio y miembro del cabildo de Lima, fue un hombre de negocios importante a quien aconsejó Martín en sus tratos. Don Baltasar Carrasco de Orozco, abogado en la Audiencia Real y fervoroso admirador del modesto hermano, le suplicó durante varios años que tuviera a bien considerarle como su hijo espiritual. Había reparado en que muchos religiosos y seglares seguían sus consejos. Dentro de la comunidad dominicana, se tomaba en cuenta el parecer del hermano mulato, según afirman ciertos testigos como el hermano Francisco de Santa Fe.

Gozaba asimismo de la amistad de Juan Macías y había trabado relaciones con el franciscano Juan Gómez, personajes muy venerados por los limeños.

Pero esta consideración no era unánime. Alguno que otro se olvidaba a veces de las cualidades de fray Martín para acordarse únicamente del oprobio de su origen. Ya hemos tratado de este aspecto. Lo mismo le pasaba a fray Juan de la Cruz.

En las mismas comunidades religiosas, el hábito no hacía al monje: la caridad cristiana tenía sus límites³⁴. La reacción de fray Martín frente a este comportamiento, tal como aparece en el proceso, no carece de interés.

CULPABILIDAD Y AUTOCASTIGO EN FRAY MARTÍN: ALGUNAS PREGUNTAS

Quizá pensaban los testigos que estos descomedimientos eran una manifestación de la gracia divina. ¿No le permitían a fray Martín alcanzar mayor perfección destrozando su amor propio? Por cierto, las mortificaciones que se imponía patentizaban lo honda que era su fe y su deseo de imitar el calvario de Cristo.

Extraña sin embargo el hecho de que vayan relacionadas con el nacimiento ignomíniioso en que hace hincapié Juan Meléndez, inspirándose en fray Bernardo de Medina. En el proceso, Baltasar de la Torre describe una mortificación de fray Martín harto asombrosa. Cuando se daba la disciplina, muy entrada la noche, se trataba a sí mismo de «perro mulato». Hoy día, ciertos estudiosos no dejarían de descubrir en tal comportamiento un profundo sentimiento de culpabilidad. Martín no conseguía, dirían, superar el oprobio de su origen, obsesión que le llevaba al autocastigo. El relato de Juan Meléndez respaldaría tal opinión. ¿No escogía Martín a un negro del convento para azotarle cuando no lo hacía por sí mismo?: «Executaba este tormento, una veces en su celda, y

« Id., pp. 91, 82, 77, 232, 319.

otras en un sótano, teniendo a los negros del convento, gratos para su castigo, y valiéndose de uno de ellos, que hazia en su carne, oficio de verdugo³⁵.

Esta elección, que Meléndez pone inconscientemente de relieve con el uso de la palabra «verdugo» -era un oficio tradicionalmente reservado a los negros-, revelaría pues un complejo manifiesto. Así, todo pasaría como si fray Martín intentara hacerse perdonar su origen, vergüenza para los blancos y traición para los negros: ¿no había sacado provecho su padre de su situación para explotar sexualmente a su madre? De la misma manera, la solicitud de Martín para con los negros de la hacienda de Limatambo podría parecer muy ambigua. ¿Era sólo una prueba de caridad frente a los más desprovistos? El deseo de contribuir a la salvación de los negros riñéndoles por sus vicios, ¿no ocultaría cierta búsqueda de compensación?

Yendo más lejos, el «martirio» que se imponía fray Martín, según la expresión de Juan Meléndez, ¿no sería sólo una autodestrucción? ¡Los instrumentos utilizados no difieren mucho de los de una cámara de tortura! Y ¿qué se podría decir sobre la costumbre de azotarse en la cripta donde se enterraba a los difuntos del convento?

Estas preguntas nos dejan tanto más perplejos cuanto que el comportamiento de Juan de la Cruz se parece mucho al de Martín. Experimentaba cierto placer oyendo los insultos: «teniéndose por un mulato vil, siempre era lo que le decían mucho menos de lo que el quería le dixessen, yjusgaba merecer³⁶».

De hecho, sería harto difícil contestar a estas preguntas. Pertenecemos a un mundo muy diferente en el que la fe no desempeña el mismo papel.

Volvamos ahora a un análisis más digno de crédito. Al fin y al cabo, resulta azaroso interpretar el comportamiento de fray Martín de Porras a través de unos testimonios no siempre muy rigurosos, por mucho que digan sus autores³⁷. En cambio se puede intentar sacar deducciones en cuanto a la visión que tenían los cronistas de fray Martín de Porras.

LA AMBIGÜEDAD DEL DISCURSO DE LOS CRONISTAS

ASPECTO RELIGIOSO: LA IGUALDAD DE LAS RAZAS

Todos los cronistas que utilizaron los testimonios recogidos para el

³⁵ Id., p. 193; Meléndez, t. 3, p. 210.

³⁶ Vázquez, fol. 53r.

³⁷ Marie-Cécile Benassy llama la atención en el hecho de Suardo nunca alude a fray Martín en su *Diario de Lima* y que «lors du procés diocésain de 1660-1667, les personnages les plus vénérables sont les moins loquaces et les plus prudents dans leurs affirmations», in: op. cit., p. 72.

proceso de beatificación de Fray Martín de Porras se valieron de la enseñanza de San Pablo.

Fray Bernardo de Medina fue el primero en hacerlo en su obra titulada *Vida prodigiosa del Venerable Siervo de Dios Fr. Martín de Porras* publicada en Lima en 1663. En la edición madrileña de 1675, se puede leer las líneas siguientes:

«Pero aquel Señor, que no mira accidentes del color, sino méritos de el sugeto, en quien no cabe exceptió de personas, pues cuida igualmente de todos, y en quie todos son unos, como dixo el Apóstol, de suerte, que no ay para Dios Hebreo, ni Griego, libre, ni esclavo, hembra, ni varón, quiso hacer a este tan siervo suyo, para que se tocasse esta verdad a la luz de tan peregrinas mercedes, como le otorgó su franca mano, y se viesse, como nunca queda por Dios Nuestro aprovechamiento, ni dexa de franquear este Señor su gracia a quialquiera que se dispone a recibirla³⁸.»

Juan Meléndez copió textualmente este pasaje en el tomo III de *Tesoros verdaderos de las Indias*³⁹. Fray Alonso Manrique también se acordó de esta referencia de primera importancia en su retrato de fray Martín (1696). La resume así: «pues para con Dios no hay diferencia entre Hebreos, o griego, esclauo, o libre, hombre o mujer, como dice el Apóstol⁴⁰».

Esta explotación del mismo tema por cronistas oficiales de conventos y de órdenes va más allá del mero plagio, por lo demás muy natural en tales obras. Pone de manifiesto la preocupación de la Iglesia por proclamar su fidelidad, en una sociedad esclavista, al mensaje de igualdad de las razas frente a Dios lanzado por San Pablo. Esta valorización del humilde mulato propuesto a la veneración de los fieles tuvo una finalidad determinada entre las masas negras, sobre la cual volveremos más adelante.

ASPECTO PROFANO: CONNOTACIONES RACISTAS

El estilo adoptado por los hagiógrafos de fray Martín de Porras dista mucho de ser tan inocente como parece. Toda una visión de la sociedad se desprende de él, contradiciendo el mensaje solemnemente procla-

³⁸ Fr. Bernardo de Medina, *Vida prodigiosa del Venerable Siervo de Dios Fr. Martín de Porras, natural de Lima de la Tercera Orden de N.P. Santo Domingo que escribió el P. Presentado Fr. Bernardo de Medina natural de la misma ciudad de los reyes. Orden de Predicadores. Sácale a luz Don Félix de Lucio Espinosa y Malo Doctor en ambos Derechos*, Madrid, 1675, fol. 4r.

- *Vida de Fray Martín de Porras por Fray Bernardo de Medina, que sacó a luz José de Contreras en Lima, en la Imprenta de Juan de Quevedo y Córata*, 1663.

³⁹ Meléndez, op. cit., t. 3, p. 203a.

⁴⁰ Fr. Alonso Manrique, *Retrato de perfección christiana, Portentos de la gracia y maravillas de la Caridad en las vidas de los Venerables P. Fr. Vicente Bemedo, Fr. Juan Macías Religioso Converso y Fr. Martín de Porres del Orden de S. Domingo*, Venecia, 1696, p. 190.

mado en preámbulo. Nada se encuentra en estos escritos que no sea conforme con las enseñanzas de las Escrituras, por lo menos en apariencia. Pero los relatos de los cronistas están salpicados de los tópicos de la época, cargados de connotaciones racistas.

Desde el principio, Medina suelta un juego de palabras muy fácil que prueba lo impregnado que estaba de los valores ambientes: «Fue pardo, como dicen vulgarmente, no blanco en el color, quando lo era de la admiración de todos».

Meléndez le sigue los pasos, sin preocuparse por el alcance del procedimiento. Se inspira también en Medina para evocar el origen de Martín: «de esta obscura noche, nació alma lucida para crecer a sol resplandeciente que alumbrase con el exemplo a todos».

Manrique imita el modelo con un estilo más conciso: «y de noche tan oscura nació un sol tan resplandeciente en santidad⁴¹».

La metáfora vulgar «oscura noche», usada para designar a Ana Velázquez, es un elemento transtextual sacado de un registro literario común del Siglo de Oro que corresponde a una búsqueda de exotismo ambiguo e incluso de comicidad. Lope de Vega, Calderón de la Barca, Andrés de Claramonte, Francisco de Quevedo no se olvidan de utilizarla en sus obras en las que salen negros a escena⁴².

Pero en este caso, la expresión va más allá del mero juego de palabras: el deslizamiento del plan material al plan espiritual es evidente. La insistencia de los autores en la «baxeza de la madre» sirve para subrayar cuán incomensurable es la gracia divina. Medina llama la atención de sus lectores en el hecho que: «Escogió sin duda el Señor lo más abatido del mundo para confusión de lo más fuerte».

Sin embargo no se detienen en este aspecto, e intentan valorar la nobleza del padre, don Juan de Porras. Después de reproducir esta frase, Meléndez copiará textualmente el pasaje siguiente que recalca la ascendencia paterna de fray Martín: «Fue hijo natural de un Caballero del Orden de Alcántara llamado Don luán de Porras, que suele Dios prevenir calificados padres a sus siervos, para empeñarlos más en la virtud».

Esta declaración, bien considerada, anula todo el discurso precedente sobre la igualdad de las razas frente a Dios. El «elegido» no procede de la hez constituida por los negros. Martín no es cualquier mulato: su padre pertenece a la sociedad decente, lo que permite redimir «la baxeza de la madre». Medina no vio la contradicción en que incurría: Martín ya no era pues «lo más abatido del mundo». Por si fuera

⁴¹ Medina, fol. 4r; Meléndez, t. 3, p. 203a, 204a; Manrique, p. 190.

⁴² Calderón, *La niña de Gómez Arias*, *La sibila de Oriente*; Lope de Vega, *El prodigo de Etiopía*; Quevedo, *Los sueños, Bodas de negros*; Andrés de Claramonte, *El valiente Negro en Flandes*, etc.; véase: Jean-Pierre Tardieu, *Le Noir dans la littérature espagnole des m^e et XVII.^o siècles*, Thèse de Doctorat de 3.^o cycle, Bordeaux III, 1977, p. 156 a 170.

poco, subrayó que el padre, rechazando la costumbre establecida, reconoció a su hijo, si no *de jure*, cosa harto difícil de imaginar, por lo menos *de facto*. Esto, lo apuntó también Meléndez. En cuanto a Manrique, habló de «prosapia ilustre».

El nacimiento escandaloso de Martín, lo corrige el comportamiento del padre, considerado por Medina como otra prueba de la intervención de la Providencia Divina: «Más como éste avía de servir de rico esmalte al oro acendrado de la nobleza del padre, previno el cielo, que lo tuviese por hijo».

El honor está a salvo, y todo pasa como si el mismo Dios hubiera querido participar en la salvación. Esto es un ejemplo patente de distorsión religiosa a favor de prejuicios raciales. Medina presenta a fray Martín, purificado así del nacimiento pecaminoso, como el elegido de Dios, preservado de los vicios de sus parecidos, a semejanza de los más gloriosos personajes del Antiguo Testamento: «Vivía entre los de su edad como ningún, efecto de la divina gracia, que quien supo conservar casto a Abrahan en Caldea, a su sobrino Lot justo en Sodoma, sin culpa al paciente Iob entre Idumeos, y a Daniel, y sus cópañeros, fieles a Dios en el Palacio del Rey de Babilonia, pudo conservar a fray Martín viviente entre los de su color, y edad, que como muestra la experiencia, se dexan llevar ordinariamente de los vicios⁴³».

Huelga insistir en el desprecio que se expresa en este párrafo para con los negros y los mulatos. Medina pertenece a su época.

El condicionamiento social de los cronistas y de los hagiógrafos desfiguraba el mensaje de igualdad ante Dios que intentaban ilustrar. Les costaba trabajo hacerse a la idea de que los elementos más ruines de la sociedad fuesen dignos del mayor favor divino. De ahí la exaltación de la ascendencia española del santo para subsanar su tara original. A fin de cuentas, poca cosa separaba a estos autores de los frailes que se descomedian insultando a fray Martín, aunque le pidieran perdón después.

Así fray Martín sería como una concesión hecha por la gracia divina a la diáspora negra peruana. La cultura forzosamente etnocéntrica de la parte española sólo podía admitirlo en la medida en que el beneficiario se destacaba del común y experimentaba un asco profundo por su propia condición. En aquella época, la santidad de un mulato había de pasar por el aro de esta total alienación.

LA MISIÓN DE LOS SANTOS DE COLOR

ALCANCE DE LA EXALTACIÓN DEL SANTO

La Iglesia se aprovechó del prestigio de fray Martín de Porras.

⁴³ Medina, fol. 4r; Manrique, p. 190; Medina, fol. 6a; Vázquez, fol. 152r; Medina, fol. 16r.

Los testimonios recogidos para el proceso describen con muchos detalles la reacción de la población limeña al enterarse de la muerte de fray Martín. Se le consideraba de veras como un santo, si tenemos en cuenta los últimos homenajes rendidos por la multitud anónima y los personajes más encumbrados de la ciudad.

A este respecto, hubo sin embargo una clara evolución entre las ceremonias de las exequias y las del traslado de los restos de fray Martín a su sepultura definitiva⁴⁴. Durante el sepelio, llevaron al ataúd del santo el arzobispo electo de Méjico, don Feliciano de Vega, el futuro obispo de Cuzco, el canónigo don Pedro de Ortega Sotomayor, un oidor de la Audiencia, don Juan de Peñafiel, y otro personaje. La mayor parte de las autoridades de la ciudad se encontraba en el Callao, esperando la llegada del marqués de Mancera.

Cuando se exhumaron los restos de fray Martín para trasladarlos a la cripta especialmente acondicionada, todos los cuerpos de funcionarios reales estaban presentes, dignándose colocarse el conde de Santistebán entre los portadores del féretro, al lado de los oidores y de otros eminentes personajes. Era, pues, el reconocimiento oficial por el poder de la santidad de fray Martín. Se puede imaginar fácilmente el impacto de esta ceremonia entre la población negra y mulata de Lima. Se admitía a uno de sus hijos a los mayores honores reservados por la Iglesia y la sociedad cristiana.

Fray Juan de la Cruz mereció unas exequias menos grandiosas, sin que carecieran de cierta solemnidad, según Vázquez: «Hízosele el funeral de la pompa que pareciera sobrada a un Provincial, pero con las lágrimas, que se juzgaran suficientes a la más querida prenda, en cuyas exequias, siendo todos predicadores de sus virtudes, aun pienso no bastaron a ponderarlas, como ellas merecieran⁴⁵».

La conclusión que sacaría la concurrencia de estos honores era que hacía falta aceptar su destino con mucha humildad para tener acceso al reino de Dios. La gloria del más allá, de la cual el homenaje a fray Martín era un reflejo, pasaba obligatoriamente por la resignación.

Además nunca había dejado fray Martín de aleccionar a los negros así. El padre Fernando Aragón asegura que el hermano mulato regañaba severamente a los esclavos de Limatambo por sus hurtos. El capitán Juan de Guarnido es más explícito: «a todos (los negros y esclavos de dicho convento) los consolaba mucho, encargándoles en todas sus pláticas y conversaciones no ofendiesen a su divina Majestad, y se afligía mucho y se entristecía en sabiendo que era ofendido».

⁴⁴ Marie-Cécile Bénassy se pregunta con razón si «la dernière maladie, et l'annonce du décès n'ont pas été l'occasion d'un phénomène assez brutal de cristallisation, de prise de conscience, les autorités du couvent suivant vaille que vaille l'enthousiasme populaire»; op. cit., p. 73.

⁴⁵ P.B.M.P., pp. 92, 198, 366; Vázquez, fol. 57a.

Efectivamente, según los dichos del hermano Francisco de Santa Fe, también mulato, fray Martín compensaba su deseo de ir a convertir a los japoneses enseñando la doctrina a los negros y a los Indios de las fincas del convento ⁴⁶.

La ejemplaridad de la vida del santo mulato incitó a Bernardo de Medina a que escribiera su biografía, aprovechándose de los documentos amontonados para el proceso de beatificación, antes de que acabara la encuesta. Las aprobaciones que encabezan la segunda edición evidencian el carácter pedagógico de la obra. El padre Anselmo Gómez, general de la orden de los benedictos, alto jerarca de la Inquisición, se refiere a las «muchas heroicas virtudes que imitar del venerable padre». Se presenta, pues, a fray Martín como un modelo. Los destinatarios de este mensaje eran primero los negros y los mulatos del Perú y de todas las Indias.

Si bien ningún otro negro o mulato llegó a gozar del prestigio de fray Martín, ciertos hombres piadosos de origen africano despertaban la admiración de muchos.

RRVALIDAD DE LAS ÓRDENES

Ya hemos tratado de los numerosos puntos de convergencia que hacen de fray Juan de la Cruz el epílogo agustino de Martín de Porras. Las otras órdenes no se quedaron rezagadas.

Los franciscanos introdujeron en el Perú el culto de San Benito de Palermo, quien llegó a ser el patrono de una cofradía de negros. Este santo negro franciscano era bastante popular en España. Atraídos por la humildad del personaje, varios autores le consagraron una comedia, entre los cuales Lope de Vega, Rodrigo Pacheco, Luis Vélez de Guevara y Antonio Mira de Mescua ⁴⁷. Era el tipo mismo de santo que necesitaba la Iglesia en una sociedad esclavista. Rodrigo Pacheco, por ejemplo, puso las palabras siguientes en los labios de su héroe:

«Gracias a vos Gran Señor,
Dios eterno, porque en mí
siendo un negro y pobre esclavo
avéis mostrado en el fin
de mi vida maravillas
tan grandes, con que salir
puede el alma y gogar siempre
gusto eternos sin fin ⁴⁸».

⁴⁶ P.B.M.P., pp. 127, 310, 318.

⁴⁷ Lope de Vega, *Comedia famosa de El Santo Negro Rosambuco de la ciudad de Palermo* (1612), B.A.E. 178; Rodrigo Pacheco, *El Negro del Seraphín* (1641); Luis Vélez de Guevara, *El Negro del Seraphín. El Santo Negro Rosambuco* (1643); Antonio Mira de Mescua, *El Negro del mejor amo* (1653); véase: Tardieu, op. cit. pp. 230 a 232.

Los franciscanos de Lima hicieron todo lo posible para desarrollar el culto de San Benito entre los negros que gravitaban alrededor de sus casa. Hoy dia, este santo sigue siendo el objeto de devociones particulares por parte de muchos fieles de todos los grupos étnicos. Sin embargo no se encuentra, en la época estudiada, ninguna referencia a este santo en las crónicas, lo que daría a entender que su culto no tuvo el éxito esperado.

Los jesuítas tuvieron también sus «santos» negros. Aludiremos al esclavo Miguel de Guinea, discípulo del famoso «obrero de negros», padre Francisco del Castillo, y al «hermano» Juan, por quien éste último experimentaba una profunda admiración⁴⁹. Es de suponer que los jesuítas se valieron de la ejemplaridad de su vida en las predicaciones dirigidas a las cofradías de negros. Pero no intentaron desarrollar otro culto que hubiera encauzado los impulsos afectivos de los negros. Preferían dirigirles hacia sus santos tradicionales.

Quizá consideraba la Iglesia, en dicho contexto, que bastaba con un santo de origen africano propuesto a la devoción de los fieles. Siendo mulato, pertenecía a la vez a los blancos y a los negros. Por lo tanto, no se le ofrecía a la veneración exclusiva de un solo elemento étnico. En las Indias, la opinión pública y la Iglesia no estaban dispuestas todavía a admitir que un negro pudiera aspirar a la canonización. Los ejemplos citados a propósito de los agustinos y de los jesuitas tuvieron un impacto muy superficial. Por otra parte, incluso para Martín de Porras, fue necesario esperar hasta el siglo XX para que Roma hiciera de él un verdadero santo.

La sociedad peruana encontró en fray Martín al hombre que necesitaba. Merecía la veneración de los negros sin dar lugar a un culto difícilmente controlable por la Iglesia preocupada de ortodoxia. Toda la vida de Martín de Porras, por lo menos tal como se presenta, fue un dechado de humilde sumisión a las estructuras sociales imperantes y a la Iglesia.

Con el transcurrir del tiempo, se olvidó el verdadero origen del santo varón: vino a ser lo que los más modestos hubieran querido que fuera, un auténtico negro. Así todos quedaron satisfechos.

⁴⁸ Rodrigo Pacheco, *El Negro del Seraphín*, B.N.M., ms. 14824, fol. 187a.

⁴⁹ Véase lo que digo del padre Francisco del Castillo en *L'Eglise et les Noirs au Pérou (XVI. -XVII. °s)*, op. cit.